CUADERNOS historia 16

La independencia árabe

José U. Martínez Carreras



94

Entrega n.º 94 de la colección *Cuadernos Historia 16* dedicado a la independencia del mundo árabe.



José Urbano Martínez Carreras

La independencia árabe

Cuadernos Historia 16 - 094

ePub r1.0
Titivillus 03.08.2021

Título original: *La independencia árabe*
José Urbano Martínez Carreras, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





Combatiente regresa a casa tras la independencia de Argelia.

Indice

Fases de la historia del Islam

El nacionalismo árabe

Panarabismo, Panislamismo

Liga Árabe y Estado de Israel

Repercusiones

Turquía, Irán, Afganistán

África del norte

Bibliografía

La independencia del mundo árabe

Por José U. Martínez Carreras

Historiador. Profesor de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid

Con el despertar de los pueblos colonizados, el fin del colonialismo y el acceso a la independencia de estos pueblos, la historia del siglo XX ha vivido el proceso revolucionario más sintomático de nuestro tiempo actual: el resurgimiento de estos pueblos imprime a la historia contemporánea un carácter diferente de cuanto se había conocido hasta ahora, y la rebelión de los pueblos de Asia y de África contra Europa es, en palabras de G. Barraclough, *el síntoma más inequívoco del advenimiento de una nueva era*.

Este fenómeno histórico constituye en su conjunto el proceso de descolonización; por él, todas las colonias repartidas por el mundo, dependientes de Europa, se levantan contra ella y luchan por la libertad y la independencia, en general durante el período de entreguerras, y la alcanzan tras la Segunda Guerra Mundial.

Este fenómeno totalmente nuevo y trascendental durante los años centrales del siglo XX, supone, por un lado, la liquidación de los Imperios coloniales europeos constituidos en la época del imperialismo, y, de manera paralela, el surgimiento de nuevos Estados independientes en los antiguos territorios dependientes.

La descolonización es el proceso histórico de la lucha de estos pueblos contra el predominio europeo, que pierde su hegemonía

colonial y ve surgir nuevas naciones afroasiáticas, con todas las consecuencias que este gran cambio lleva consigo, en el plano nacional e internacional.

Áreas geohistóricas del Islam

El Islam comprende una serie de espacios geográficos relacionados unos con otros, sujetos en sus márgenes a modificaciones bastante intensas: ya que su historia no ha sido ni es una historia apacible, escribe F. Braudel.

Dentro del mundo islámico conviene distinguir entre los árabes —mundo árabe, países árabes— y el Islam no árabe —musulmanes, mundo islámico—, conceptos que se utilizan indistintamente y de manera ambigua confundiendo ambas realidades y colectividades, y que si bien tienen rasgos históricos y religiosos comunes, en otros aspectos son muy diferentes entre sí.

Para M. Rodinson tres caracteres definen a los árabes y constituyen la arabidad: en primer lugar, hablar la lengua árabe, en sus diversas variedades, y considerarla su lengua natural: en segundo lugar, estimar patrimonio suyo la historia y los rasgos culturales de los árabes, que engloban a la religión islámica, y en tercer lugar, reivindicar la identidad árabe, poseer conciencia de arabidad. Tales son los llamados pueblos o países árabes.

El Islam, como religión y como sistema de vida, tiene una relación particularmente estrecha con los árabes, siendo éstos su núcleo y su agente difusor y creador: pero el Islam al difundirse por inmensas y variadas zonas geográficas y entre muy diferentes pueblos deja de ser un sistema exclusivo de los árabes. De esta manera, en la historia y en la actualidad, pueblos no árabes asumen y representan, en un primer plano, la defensa del Islam, con el que se han identificado totalmente: fue el caso del Imperio otomano, entre otros. En la actualidad, se encuentran en Oriente Medio, diferenciados del conjunto árabe, varios y singularizados pueblos islámicos no árabes.



Calle de la ciudad vieja de El Cairo (izquierda)*. Mezquita de El Azar* (derecha)*.*



Vista general de El Cairo. A la izquierda la mezquita del sultán Hassan.

En síntesis, en el mundo islámico del siglo XX pueden señalarse, encabalgadas entre dos continentes, tres principales grandes áreas geohistóricas, dejando al margen otras más diferenciadas regiones de islamismo o arabidad, en zonas de Asia y África

a) Los países árabes de Asia suroccidental, que integran el llamado Próximo Oriente, y que con su centro geográfico en la Península Arábiga se extienden por el Creciente Fértil hacia el Mediterráneo oriental: se trata de Estados en los que predomina la etnia árabe, en los que la lengua es el árabe y que proclaman su arabidad, como señala M. Rodinson: Arabia Saudita, Yemen del Norte y del Sur, Emiratos Árabes Unidos, Estados del Golfo, Irak, Siria, Jordania, Líbano. Este conjunto forma una zona geográfica coherente, en la que se encuentra el enclave no árabe del Estado de Israel.

b) Los países islámicos no árabes de Oriente se extienden al norte de la anterior en Asia occidental, y son de oeste a este:

Turquía, Irán, Afganistán y Pakistán[*].

c) Los países árabes del norte de África, desde los Estados del Nito: Egipto —más vinculado en su evolución histórica a los países árabes del Próximo Oriente y Sudán, hasta los del Magreb, entre el Mediterráneo y el Atlántico: Túnez, Argelia y Marruecos, además de Libia entre ambas zonas: carácter árabe tienen también en África oriental, Somalía, y en la occidental, Mauritania y Sahara.

Fases de la historia del Islam

La historia del Islam —árabe y no árabe— ha conocido una agitada evolución desde sus orígenes en el siglo VII hasta el siglo XX, cuando se registra el resurgimiento de la nación árabe.

A lo largo del siglo XIX el Islam se identifica con el Imperio otomano, al que está históricamente vinculado, pero que tras su pasada grandeza, nacida en el siglo XVI y mantenida durante más de tres centurias, inicia una fase de decadencia, en el mismo siglo XIX; por el paulatino hundimiento interior del Imperio turco, las divisiones entre los distintos pueblos islámicos, el sometimiento del pueblo árabe a la dependencia imperial turca, y la acción dominante del colonialismo europeo que acaba por imponerse totalmente al Islam y sobre la práctica totalidad de los países árabes.

Hay que esperar a los acontecimientos de las primeras décadas del siglo XX, cuando con la derrota y el hundimiento del Imperio turco con ocasión de la Primera Guerra Mundial, por un lado, y el resurgimiento del nacionalismo árabe, con la acción de las potencias occidentales, por otro, los árabes vuelven a recobrar su protagonismo histórico y a encarnar en la historia universal la auténtica identificación con el Islam, sobre los restantes pueblos islámicos no árabes.

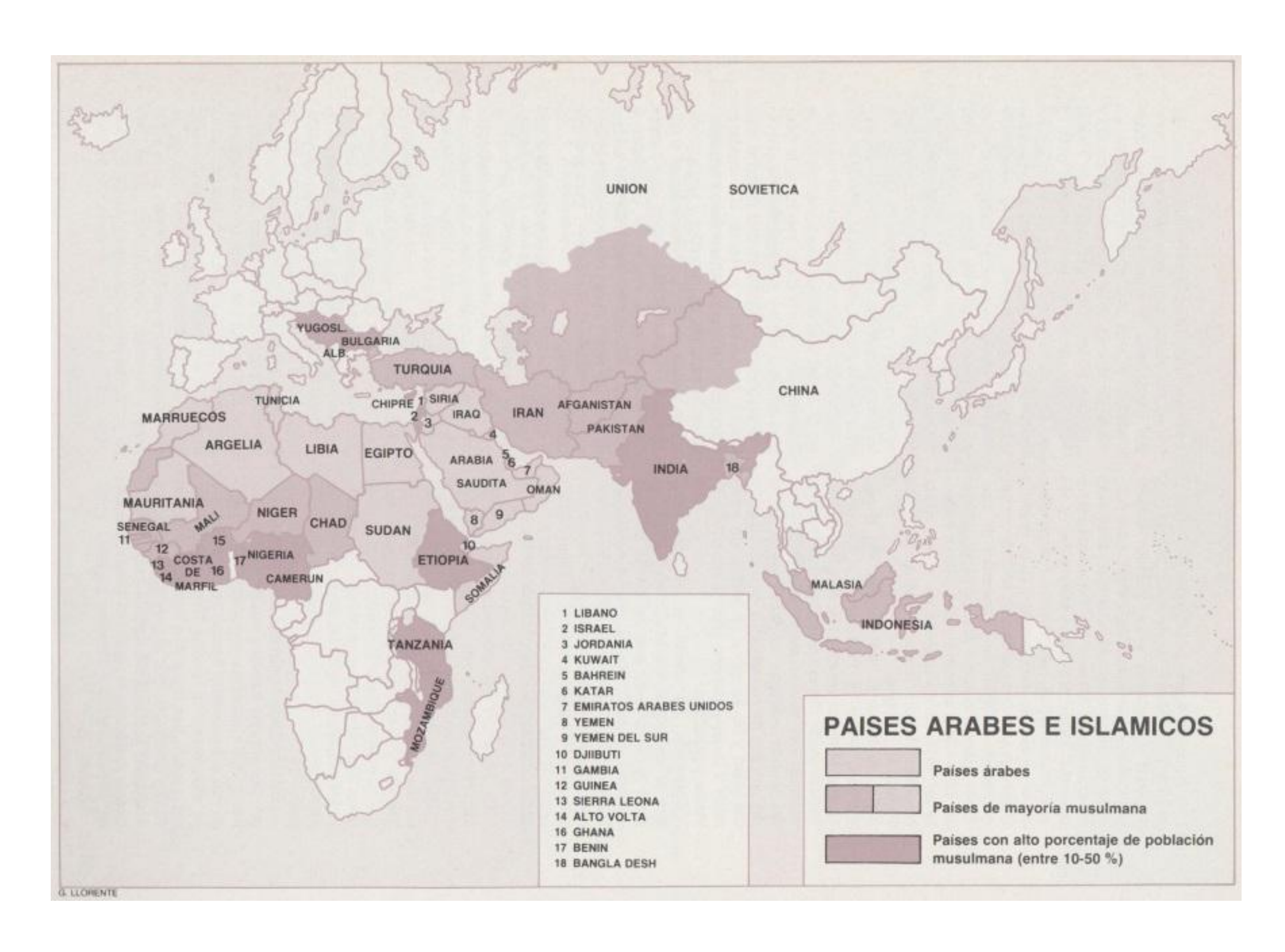
A partir de estos precedentes, la historia del Islam durante el siglo XX tiene las siguientes fases:

1.º En los comienzos del siglo XX y durante la Primera Guerra Mundial la situación del mundo islámico, en especial en el Próximo Oriente, está dominada por la acción de tres fuerzas que rivalizan entre sí:

En primer lugar, el Imperio turco que hasta entonces es la potencia predominante y que al ser derrotada en el conflicto, como aliada de Alemania, tiene que abandonar su soberanía sobre los territorios árabes y entra en un periodo de alteraciones internas que

enfrentan al viejo Sultanato en decadencia con los nacionalistas revolucionarios de tendencia republicana.

En segundo lugar, el resurgimiento de los pueblos árabes movilizados por el nacionalismo renovador —donde se impone el de talante tradicional— que, liberados del dominio turco, aspiran a crear una nación árabe independiente: los núcleos de acción árabe se encuentran, por un lado, en los diversos Estados árabes diseminados por la península Arábiga entre los que sobresalen el reino de Nejdz con capital en Ryad y regido por Ibn Saud, y el reino del Hezjaz, con las ciudades santas de La Meca y Medina, y gobernado por el hachemita Hussein, rival del anterior, y por otro, en el área formada por Siria, Iraq y Líbano a través de grupos organizados de acción política, pero algo confuso e impreciso que acaba por ser desplazado por el anterior.



Los países árabes constituyen sólo una parte del mundo islámico que se reparte por amplias zonas de tres continentes. El mapa muestra la distribución geográfica del Islam y el lugar que ocupa en ella el mundo árabe.

Y en tercer lugar, la intervención franco-británica que desea llenar el vacío que deja Turquía y controlar a los pueblos árabes por dos tipos de intereses: de un lado, políticos, primero como aliados contra los turcos, aliados a su vez de los alemanes, y después contra los rusos soviéticos; y de otro, económicos, para controlar el petróleo de la región; en este sentido, Gran Bretaña despliega una gran actividad político-militar con envío de agentes —Lawrence de Arabia—, pactos con los árabes —con Hezjaz en 1916— y al mismo tiempo Balfour formula en 1917 su declaración en apoyo de la creación de un hogar nacional judío en Palestina.

2.º A lo largo del período de entreguerras, entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, se extiende una nueva fase caracterizada por el resurgimiento y reorganización del pueblo árabe y la

renovación del mundo islámico no árabe; es el inicio del proceso de revolución y descolonización del Islam y su acceso a un estado de soberanía e independencia, pero también de división y conflictos.

Derrotado, en efecto, el Imperio turco tras el armisticio de Mudros en 1918, se firma el Tratado de paz de Sèvres en 1920 —luego revisado por el de Lausanna en 1923— que consagra su abandono forzado de los países árabes, en los que se ha impuesto la presencia franco-británica, dominando a los pueblos árabes y sobre cuyo destino futuro deciden las potencias en el marco de la Sociedad de Naciones.

Se llega así al establecimiento de los Mandatos orientales en virtud de los acuerdos del organismo internacional en 1919: el

Tratado de San Remo y el convenio de París, ambos en 1920, bajo la tutela de Gran Bretaña y Francia. La situación, por tanto, queda dominada por la presencia y los intereses del colonialismo europeo, que organiza los Mandatos en su beneficio, y en cuyo marco queda sometido y dividido el pueblo árabe.

Los Mandatos británicos se organizan como monarquías árabes y evolucionan pronto hacia una autonomía controlada: *Iraq*, regido por el hachemita Feysal, es prácticamente independiente desde 1930; *Transjordania*, creado por Inglaterra como Emirato en 1923 y gobernado por el también hachemita Abdullah; y *Palestina*, bajo administración directa británica al existir el conflicto entre las contrapuestas promesas inglesas y los intereses enfrentados de árabes y judíos.

Los Mandatos franceses se organizan como Repúblicas, y tanto *Siria* como *Líbano* acceden a una autonomía controlada en 1936. En Arabia, mientras tanto, se produce el enfrentamiento de hachemitas del Hezjaz y sauditas del Nejdz, entre 1919 y 1932: el rey Ibn Saud somete a la mayoría de los reinos peninsulares y expulsa a los hachemitas, constituyendo en 1932 el reino unificado de *Arabia Saudita*. En 1920 se reconoce la independencia de *Omán*, y en 1937 *Yemen* se organiza también como reino independiente. Por último, en 1922, Inglaterra concede a *Egipto* una independencia

teórica y formal, reorganizándose el Estado con la Constitución de 1923, como un monarquía regida por el rey Fuad (1923-36).

En definitiva, entre la fuerza del nacionalismo árabe y la de los aliados europeos se impone ésta, dando como resultado la división de los árabes y su dependencia al quedar organizados en diferentes Estados bajo tutela occidental: y entre las distintas corrientes del nacionalismo árabe predomina la de carácter conservador y oligárquico, representada por las grandes familias tradicionales y aristocráticas árabes, que cuenta con el apoyo y la ayuda de Occidente y configura así unas nuevas naciones árabes de talante entre conservador —las repúblicas— y feudal —los reinos—, pero siempre prooccidental.

Esta situación general se mantiene sin grandes cambios durante la Segunda Guerra Mundial, a lo largo de la cual, a pesar de la existencia de algunas corrientes nacionalistas proalemanas y la presión de los sentimientos antibritánicos, los árabes permanecen unidos a los aliados.

3.º Entre 1945 y 1952 se extiende la tercera fase, en la que al término de la Segunda Guerra Mundial se consolidan e incrementan las independencias de los países árabes del Próximo Oriente, aunque en unas condiciones y circunstancias muy determinadas. Estas independencias son la fórmula política que representan los deseos de las respectivas oligarquías árabes nacionales, vinculadas con los intereses económicos occidentales, y que se combinan en la expresión de un nacionalismo conservador aliado con Occidente: en 1945 Iraq es ya independiente, y en 1946 lo son Siria y Líbano, y también Transjordania, que en 1949 se convierte en el reino de Jordania. El ideal de la unidad árabe se materializa, si bien de forma limitada y con la protección británica, en la constitución de la Liga de Estados Árabes que nace en El Cairo en marzo de 1945.



Un nuevo e importante factor de movilidad en la región es el final del mandato británico en Palestina, el plan de partición del territorio acordado por la ONU en noviembre de 1947 y el nacimiento del Estado de Israel, en mayo de 1948, como consecuencia de los compromisos internacionales contraídos por Occidente con los movimientos sionistas en auge, y que da origen a una inmediata guerra entre Israel y los Estados árabes en 194849: continuada con otras en 1956, 1967 y 1973, terminadas en sendas victorias israelitas.

Al mismo tiempo, y de manera paralela, en esta fase adquieren un gran desarrollo los movimientos nacionalistas de los países árabes del norte de África que se manifiestan y luchan claramente en favor de la independencia de las naciones magrebíes: Marruecos, Túnez y Argelia. Libia, por su parte, obtiene de los aliados la independencia formal como monarquía en 1951.

4.º Desde 1952 y hasta 1979 se extiende la cuarta fase: por un lado, se completan las independencias de todos los países árabes, y por otro surgen revoluciones en algunos de estos países, con un carácter popular y antioccidental y en contra de los regímenes prooccidentales y conservadores establecidos.

En julio de 1952 se produce, en este sentido, un cambio fundamental para la historia de todo el mundo árabe: es la revolución egipcia que transforma a este país en una República en 1953 y a Nasser en su presidente en 1954, y que anima un movimiento nacionalista popular y antioccidental por todos los países árabes en los que tanto la revolución como su dirigente alcanzan gran difusión e influencia.

Desde este momento el mundo árabe queda agitado por unas tensiones profundas que ponen en peligro el entramado oligárquico levantado por Occidente, y que se polarizan entre unos regímenes conservadores prooccidentales que intentan mantenerse a salvo, y unos movimientos revolucionarios de talante popular y socialista, nacionalistas y antioccidentales, que buscan conseguir para el mundo árabe su auténtica independencia e identidad histórica.

Las revoluciones se propagan y en los países donde triunfan, dan nacimiento a nuevas Repúblicas: Iraq en 1958, Yemen del Norte en 1962, Argelia también en 1962 al mismo tiempo que obtiene la independencia, al igual que en Yemen del Sur en 1967, y Libia en 1969.

Todos los países árabes, por otro lado, acceden a la independencia durante estos años, desapareciendo los sistemas coloniales tradicionales del mundo islámico: en 1956 la obtienen Sudán, Marruecos y Túnez: en 1960 Somalía y Mauritania; en 1961

Kuwait; en 1962 Argelia tras una lucha revolucionaria desde 1954: en 1967 Yemen del Sur; y en 1971 Qatar, Bahrein y los Emiratos Árabes Unidos. La totalidad del mundo árabe queda así descolonizado aunque aparece dividido en naciones, a veces enfrentadas, lejos del viejo ideal de la unidad árabe.

Otro factor a tener en cuenta en esta fase es el mantenimiento de la presencia occidental, aunque en sustitución de Gran Bretaña como potencia predominante en la región interviene de manera creciente y casi exclusiva desde 194954 Estados Unidos que organiza una política de pactos militares —el de Bagdad en 1955, luego transformado en la CENTO (Organización del Tratado del Centro) en 1959—, y alianzas bilaterales —con Israel, Arabia Saudita, Turquía e Irán— en apoyo de los intereses occidentales, y en concreto norteamericanos, con lo que la región queda inmersa en la dinámica internacional de la guerra fría.

En el orden económico, con implicaciones internacionales en todos los aspectos, el petróleo de la zona se convierte en protagonista mundial al crearse en 1960 la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo) y más acusadamente desde 1973, al desencadenarse la crisis económica de nuestro tiempo.

Por último, el conflicto entre Israel y los países árabes persiste tras la primera contienda en 194849 y continúa en una serie de guerras sucesivas —cuatro en total—: en 1956 la de la crisis de Suez, en 1967 la de los Seis Días y la campaña del Sinaí, y en 1973 la del *Yom Kippur*; y en 1969 se constituye la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) bajo la dirección de Yasser Arafat como defensora, por medio de la lucha armada contra Israel, de la creación de una Palestina árabe.

Y en el otro extremo del mundo árabe, en el África occidental atlántica, se inicia en 1975 un nuevo y largo conflicto que divide y enfrenta a los países magrebíes y árabes: el del Sahara Occidental tras el abandono del territorio por España.

5.º Desde 1979, en fin, diversos síntomas parecen señalar que el mundo árabe-islámico ha entrado en una nueva fase de su agitada

evolución histórica. Los hechos más significativos en este sentido se registran, por un lado, entre los países islámicos no árabes: en 1979 triunfa la revolución islámica en Irán proclamándose la República que inicia una singular experiencia de organización política revolucionaria sobre la ortodoxia y renovación del Islam. En 1978 en Afganistán se impone un régimen de tipo comunista que intenta aunar marxismo e islamismo en la tarea de reconstrucción nacional: y en 1980 Turquía conoce un golpe de Estado que inicia, una vez más en su historia, una nueva fase de dictadura militar.

Por otro lado, el conflicto del Próximo Oriente, y con él las relaciones entre Israel y los países árabes, parecen en una nueva fase al firmarse la paz entre Egipto e Israel por los acuerdos de Camp David en 197879, bajo el patrocinio norteamericano, y quedar la OLP como la única fuerza en lucha activa contra Israel; principalmente para acabar con la acción palestina en Líbano —agitado al mismo tiempo por una interminable guerra civil— Israel invade este país en el verano de 1982 en lo que ha sido considerado por algunos como la *quinta guerra árabe-israelí*, que da como resultado la ocupación del sur libanés por el ejército israelí, la salida de los palestinos del país tras la cruenta batalla de Beirut, y la firma, en 1983, de un tratado de paz entre Israel y Líbano, anulado por el Gobierno libanés en 1984.



El rey Fuad de Egipto (centro) *rodeado del Gobierno presidido por Saad Zaghoul* (primero por la derecha) (foto de Al-Ahram).

Al mismo tiempo, en el otro extremo del mundo islámico, en el África Atlántica, se prolonga inacabable el conflicto del Sahara Occidental que afecta directamente a todos los países del Magreb y se proyecta en sus repercusiones y consecuencias a todo el mundo árabe.

El nacionalismo árabe

La descolonización del Islam y de los pueblos árabes, como ya se ha indicado, se inicia con el proceso hacia las autonomías e independencias entre los países árabes del Próximo Oriente, que hasta la Primera Guerra Mundial son dependientes del Imperio turco y que tras su derrota, al finalizar el conflicto, quedan sometidos al régimen de Mandatos internacionales bajo la tutela francobritánica, unido a la dependencia de Egipto respecto a Gran Bretaña, y con la modernización autoritaria de los países islámicos no árabes de Oriente Medio: Turquía e Irán.

Así durante el período de entreguerras, entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, el pueblo árabe desarrolla su conciencia nacional o arabidad, y va dando nacimiento a los nuevos Estados islámicos de Asia occidental, que organizan su vida independiente en una conflictiva evolución histórica, al mismo tiempo que mantienen el ideal de la unidad árabe. Este proceso descolonizador del *despertar árabe* es históricamente paralelo al de la *rebelión de Asia*, y algo anterior al *despertar de África*, teniendo sus propios factores y componentes históricos.

El nacionalismo árabe adquiere su fundamento histórico en la civilización árabe-islámica que a su vez tiene su base geográfica en Arabia y el Próximo Oriente, su cimiento religioso-ideológico en el Corán y su soporte étnico y social en el pueblo árabe, como ha sintetizado F. Braudel. Los fundamentos de esta cultura se encuentran en un hombre, Mahoma; un libro, el Corán; y una religión, el Islam.

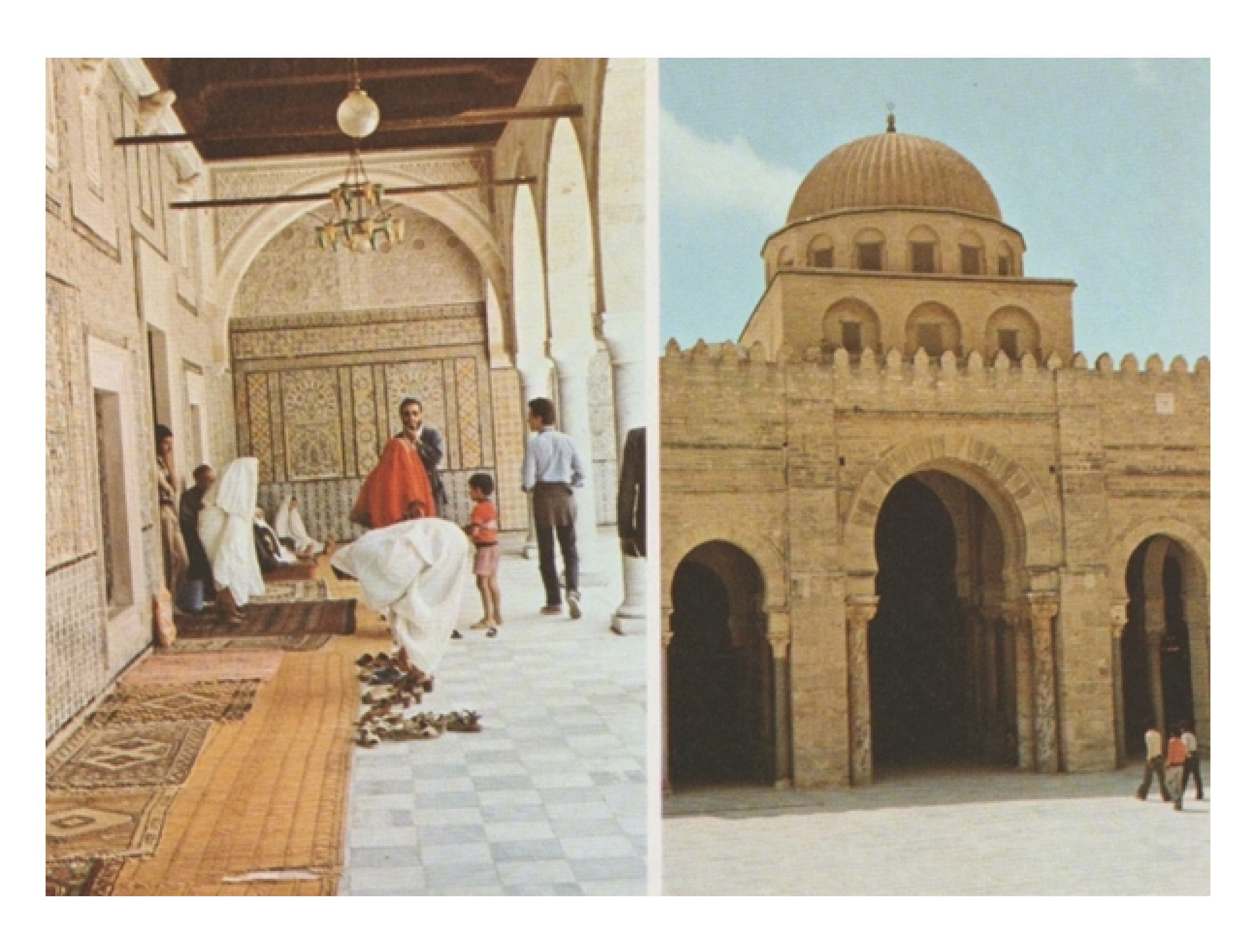
Lo que M. Rodinson llama *arabismo* es *el nacionalismo árabe próximo al tipo actual, cuyo modelo fue formándose en Europa a través de una lenta evolución desde la Edad Media*; se creó así el concepto de NaciónEstado, que tras haberse difundido por Europa y América fue asumido por las élites de los países colonizados, a las que sirvió igualmente para movilizar a las masas locales contra la

dominación extranjera. Así el arabismo o nacionalismo árabe se desarrolla poco a poco en función de situaciones y acontecimientos que las diversas teorizaciones iban siguiendo, por aproximaciones sucesivas, desde mediados del siglo XIX y sobre todo a comienzos del XX.

Después de un pasado histórico de esplendor, unidad y grandeza, el pueblo árabe se encontraba a mediados del siglo XIX en una situación de división interna y de sometimiento al poder turco que se había impuesto y extendido desde el siglo XVI sobre todos los países árabes, como exclusivo y poderoso representante del Islam; pero de esta decadente situación surgirán las primeras manifestaciones de recuperación de los valores perdidos, aunque latentes y vivos, de toma de conciencia y formación de una renovada identidad común, y en definitiva de reconstrucción de la nación árabe. El nacionalismo árabe se configura lentamente desde mediados del siglo XIX al reencontrarse en la ideología colectiva social elementos étnicos: el pueblo árabe; y religiosos: el Islam; con una cultura y expresión común: la lengua; así como con la conciencia de una gloriosa historia de unidad, que constituyen el andamiaje del nuevo nacionalismo árabe.

La hostilidad hacia el poder turco ha ido desarrollando la conciencia de una identidad árabe en el Asia árabe, pero la ideología organizada y elaborada tarda en formarse y en conseguir una audiencia importante, siendo más bien un protonacionalismo islámico de matiz antiimperialista.

Pero a finales del siglo XIX se generaliza esa atmósfera hostil a los turcos entre los árabes de Asia por la acción conjunta y lenta de varios factores: la mala administración otomana, el predominio turco en el Asia árabe, el despotismo del sultán, el florecimiento de los estudios literarios árabes y la toma de conciencia árabe dentro de la historia del Islam: aunque este descontento no desemboca en la idea de un Estado árabe más que entre minorías y limitado a Siria, Líbano y Palestina, hacia 1880.

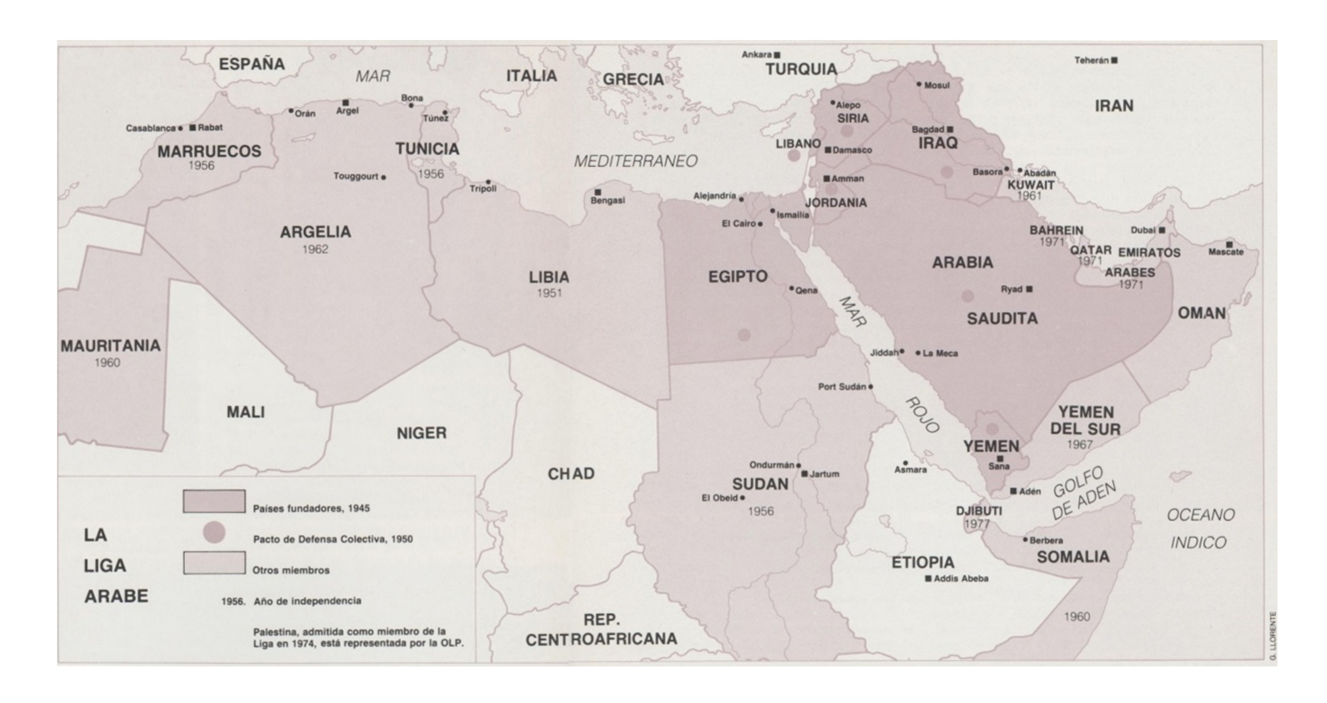


Patio de la mezquita del Barbero, en Kairuan, Túnez (izquierda). *Puerta de la Gran Mezquita de Kairuan, Túnez* (derecha).



Vista de la ciudad de Sousse.

Una reactivación cultural, ideológica y política del nacionalismo árabe se produce a comienzos del siglo XX, que da nueva animación y carácter d movimiento, aunque sólo durante una corta etapa, al quedar debilitado y dividido en tiempos de la Primera Guerra Mundial. En síntesis, como expone M. Cherif, con anterioridad a la Gran Guerra, los países árabes que caen en su mayoría bajo la dominación colonial de Europa, conocen, al mismo tiempo que el sometimiento político, el impacto de la economía y de la civilización europeas. Si las transformaciones sociales afectan lentamente a las masas populares, no ocurre lo mismo para el desarrollo del sentimiento nacional, que emerge incontestablemente en un cierto número de países árabes en el curso de esta época; anima así múltiples acciones populares que, aunque desordenadas e ineficaces, contribuyen a fortificar el sentimiento nacional y a preparar los movimientos más vastos de posguerra.



Fundada en 1945, la Liga Árabe constituye una organización internacional que pretende agrupar todas las naciones de origen árabe. La Liga ha ido incrementando el número de sus miembros con el acceso a la independencia de las colonias europeas del norte de África y del Próximo Oriente.

Factores del desarrollo nacionalista árabe en esta fase son: el primer manifiesto claro de este nacionalismo representado por la obra de Abd el-Rahman El-Kawakibi (1849-1903) titulada *La madre de las ciudades*, es decir La Meca, aparecida en 1901; la acción del palestino Nayib Azuri, que en 1904 funda en París la *Liga de la Patria Árabe* y en 1907 la revista *L'Independance Arabe*; el nuevo ambiente creado en el Imperio turco desde 1908 al producirse la revolución de los Jóvenes Turcos y evolucionar el descontento árabe hacia la fundación de sociedades político-culturales que exigían igualdad de derechos para los árabes en el Imperio, en Estambul, Beirut, El Cairo, y también de carácter secreto, como Fatat (1911), que ya pedía la independencia árabe, y que organizó, en colaboración con otras sociedades, en París en 1913 un Congreso Nacional Árabe, aunque sus resultados decepcionaron.

En tiempos de la Primera Guerra Mundial el nacionalismo árabe, como se ha indicado, aparece debilitado y dividido, entre los grupos minoritarios que actúan en Líbano, Siria e Iraq y en el exilio, y la

oligarquía tradicional de los reinos árabes que defienden sus territorios y sus derechos históricos feudales: entre estas diversas tendencias acaba por imponerse, contando con la alianza de las potencias europeas, un nacionalismo árabe de carácter conservador, oligárquico y tradicional que se concreta en la formación de varias naciones árabes frente al viejo ideal de la unidad árabe.

Al comienzo del período de entreguerras, sectores del nacionalismo árabe se consideran traicionados por los países occidentales, que se habían impuesto en la región aliados con las oligarquías árabes, y comienzan un proceso de rebelión y lucha en favor de una auténtica unidad e independencia, de talante revolucionario, contra los occidentales y la oligarquía, que cubre todo el período y marca definitivamente hasta nuestros días la ideología nacionalista árabe.

Estos movimientos nacionalistas renovadores se extienden por el Próximo Oriente asiático —Siria, Iraq, Palestina—; y también comienzan a difundirse y generalizarse por los pueblos árabes de África del norte: ideológicamente el foco sigue siendo en Egipto la Universidad de El Cairo y otros centros de acción, y políticamente tiene gran eco la República del Rif (1921-27) de Abd el-Krim.

Este período de entreguerras, escribe M. Cherif, registra en definitiva el desarrollo de la conciencia nacional bajo la influencia de múltiples factores, de los que algunos constituyen, sin embargo, un freno a este desarrollo. Las masas populares participan en ese movimiento nacional bajo la dirección de una *intelligentsia* salida de la pequeña burguesía o de las mismas clases populares, y las formas de acción evolucionan en el seno de la organización.



Durante la Segunda Guerra Mundial, el nacionalismo árabe se mantiene a la expectativa, aunque alcanza una fuerte tendencia

proalemana por hostilidad hacia los aliados franco-británicos. Con el fin de recuperar a la opinión árabe, los británicos, principalmente, toman medidas tendentes a favorecer algunas aspiraciones del nacionalismo como son la detención de la inmigración judía a Palestina (en mayo de 1939), la proclamación de su simpatía por la causa de la unidad árabe (declaración de Edén en mayo de 1941), y ayuda a los Estados de Siria y Líbano a obtener su independencia de Francia; este esfuerzo desemboca en la creación de la Liga Árabe en El Cairo en marzo de 1945, con el patrocinio británico.

Al término del conflicto, el nacionalismo árabe ha alcanzado algunos de sus objetivos, aunque de manera parcial y limitada: en estos años, si por un lado los países árabes van a obtener su plena independencia, que constituía una de sus viejas aspiraciones, por otro el constante ideal de la unidad árabe parece inalcanzable al consolidarse los nuevos nacionalismos, a veces no sólo no solidarios, sino enfrentados entre sí, en el marco de las naciones árabes ya existentes, y manteniéndose sólo por encima de ellas el sueño de la unidad que sólo logra materializarse, de manera insuficiente, en la Liga Árabe.

Después de la Segunda Guerra Mundial, en opinión de M. Cherif, la conciencia nacional se extiende y se abre a nuevas dimensiones, como los problemas sociales, bajo la influencia de cuadros nuevos, de organizaciones democráticas populares y de los ejemplos exteriores. En razón de los progresos de la economía, de los medios de transporte y de comunicaciones, de la opinión y del pensamiento, las clases populares amplían su participación en los movimientos nacionales y extienden su influencia: los cuadros se diferencian y a menudo llegan a tener un carácter más popular. Las formas de acción se diversifican en: formas de acción organizadas sobre una escala más vasta, pacíficas, pero también violentas: y se integran en una especie de frente internacional contra el colonialismo y sus secuelas, que desembocan en la descolonización del mundo árabe-islámico.

Panarabismo, Panislamismo

Como se ha ido indicando, el Panarabismo, o movimiento de unión árabe, se manifiesta y desarrolla de forma paralela e íntimamente unido al nacionalismo árabe: independencia y unidad árabes han sido aspiraciones históricas comunes, que se han mantenido durante un largo tiempo esencialmente interrelacionadas, y aún hoy así se mantienen. El Panarabismo se define como el movimiento de carácter histórico que tiende a la colaboración y la unión de todos los Estados árabes de Asia y de África para la formación de una nación árabe.

Los orígenes de este movimiento, estudiado por Boutros-Ghali y E. Jouve, entre otros autores, son antiguos, aunque difusos, y se encuentran en los propios comienzos de la historia del gran imperio medieval árabe; el Panarabismo moderno resurge durante la primera mitad del siglo XIX a partir de un cierto renacimiento cultural y político centrado en el Egipto de Mohamed Ali, que tiende a transformarse en el foco del movimiento y a reagrupar en torno suyo a los países árabes asiáticos.

El Panarabismo y las aspiraciones a la independencia se replantean en la Primera Guerra Mundial, en un esfuerzo de acción común; pero las luchas en los marcos nacionales creados y la intervención occidental no dan como resultado la unidad, sino la balcanización del mundo árabe.

Durante el período de entreguerras y con ocasión de la Segunda Guerra Mundial, se mantiene el Panarabismo como ideal de esa unidad y llega a expresarse en algunos proyectos de unión entre países árabes, y en declaraciones de sus organismos y dirigentes. Cuenta también con el apoyo formal británico, manifestado en el discurso de A. Eden en mayo de 1941 en favor de una unión de los Estados árabes, y que se materializa en 1945 en la ayuda a la formación de la Liga Árabe.



Tumba de Mohamed V en Rabat.



Vista de Muley Idriss, ciudad santa de Marruecos.

Según el manifiesto del Comité Nacionalista de Siria, publicado en abril de 1936, y que recoge E. Jouve, la nación árabe está constituida por la población unida por una comunidad de lengua, de mentalidad, de tradición histórica, de modos y costumbres, de intereses y de esperanzas: el fin del Panarabismo es despertar las fuerzas vivas de la nación árabe y organizar sus elementos bajo un gobierno independiente, unido y civilizado.

El Panarabismo desemboca, al final de la Segunda Guerra Mundial, en la constitución de la Liga de Estados Arabes, que, si por un lado es la expresión de esa vieja aspiración de unidad, por otro está muy lejos de la misma tal como se concebía en sus orígenes ideológicos, y en este sentido decepcionó y defraudó a amplios sectores del pueblo árabe, que aún dividido mantenía vivo el ideal panarabista próximo al nivel de la utopía histórica.

Arabismo e islamismo no son sinónimos: ciertamente, el Islam es en general religión de los árabes, pero una gran mayoría de

musulmanes no son árabes. En función de ello, Panarabismo y Panislamismo son movimientos distintos, aunque con puntos comunes y desarrollo histórico en parte paralelo.

El Panislamismo, como movimiento de más amplitud y de mayores pretensiones que el Panarabismo, pero, por ello, también menos concreto y de menor coherencia, pretende la cooperación y unificación de todo el mundo musulmán, no limitado sólo a los árabes. El movimiento panislámico surgió como ideología a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX por medio de las doctrinas y la acción de algunos teóricos, en el marco histórico del Sultanato otomano, y se materializó durante la primera mitad del siglo XX, tras la crisis del Califato, con la celebración de una serie de congresos internacionales en un contexto que intentaba ensamblar esta corriente islámica con los pueblos árabes.

Para Boutros-Ghali son dos los principales teóricos del Panislamismo. El primero fue Jamal El-Dine El-Afghani (183997), consejero del sultán y profesor de la Universidad de El Cairo, que expuso las bases de la *Alianza islámica*, y cuyo pensamiento se fundamentaba en cuatro principios esenciales: el Islam debía ser renovado con ideas tomadas de Occidente, los textos del Corán anuncian la civilización moderna, el Islam debe recuperar la iniciativa, y de todo ello resultará la unificación del mundo islámico.

Abdel Rahman El-Kawakibi (1849-1903) es el segundo de los teóricos citados, residente en Egipto, que se dio a conocer por su obra *Om el Koura* y su proyecto de *Organización internacional islámica*. En este sentido defendía la creación de una institución internacional musulmana sobre un pacto del que publicó el texto; inicialmente la actividad de esta organización parecía ser más de orden cultural que política.

Pero estas propuestas no tuvieron un eco inmediato, aunque se mantuvo el valor de la idea. Habrá que esperar a que se produzca la crisis del Califato y resurja el ideal de un islamismo modernizado para que, durante el período de entreguerra, se celebren una serie de congresos con tales objetivos: el primer congreso islámico se

reúne en El Cairo en mayo de 1926, con asistencia de delegados de trece países musulmanes, entre ellos Egipto, Túnez, Marruecos e India: otros congresos islámicos se celebran posteriormente en La Meca en junio de 1926, y en Jerusalén en diciembre de 1931.

Tras la Segunda Guerra Mundial resurge una vez más el movimiento panislámico, desde 1954, ya con nuevas orientaciones y características.

Al término de la Segunda Guerra Mundial y en la posguerra la totalidad del mundo árabe-islámico completa, como ya se ha apuntado, su proceso de descolonización con la obtención de las independencias y la consecución de algunas revoluciones nacionalistas. Pero a partir de los precedentes ya vistos y debido, por un lado, a las diferentes situaciones interiores existentes en cada una de las grandes áreas regionales antes señaladas y, por otro, a las distintas reacciones de las potencias occidentales colonizadoras en el contexto internacional, ese proceso se desarrolla, aunque de forma paralela y con análogo carácter, de diversa manera y en distintos tiempos en cada una de las tres grandes regiones árabe-islámicas: en primer lugar, entre los países árabes del Próximo Oriente y los países islámicos no árabes de Oriente Medio, y, después, en los países árabes de África del norte.

La historia política del Próximo Oriente a lo largo del siglo XX, y en especial desde la Segunda Guerra Mundial, es, ante todo, la de los nacionalismos que, en opinión de J. P. Derriennic, es el hilo conductor que permite su mejor comprensión, aunque no es un principio explicativo único, ya que hay una multiplicidad de factores colectivos, como las intervenciones exteriores en la región, el número de conflictos y la frecuencia de cambios políticos internos.

Pero el nacionalismo es, en la mayor parte de los países de la región, el factor político dominante: su ambigüedad está en que es, por un lado, el motor de la resistencia a la dominación europea; pero también, por otro, se trata de una influencia cultural de Europa y, como tal, representa uno de los aspectos más profundos de la

influencia perturbadora ejercida por ella sobre las sociedades de la región.

Las estructuras tradicionales de estas sociedades han favorecido la coexistencia sobre el mismo territorio de grupos étnicos, lingüísticos o religiosos muy diferentes, bajo una autoridad política territorial; fundando la legitimidad política sobre la unidad de los grupos de referencia, y, en consecuencia, buscando hace coincidir ésta con los territorios, el nacionalismo introduce un elemento de rigidez en estas sociedades complejas, y hace la coexistencia entre grupos diferentes mucho más conflictiva.



Los cascos azules de la ONU sustituyen a las tropas británicas en la zona del canal de Suez.

En los países árabes de Asia —excepto en la península Arábiga — el nacionalismo provoca situaciones conflictivas permanentes: la heterogeneidad de población es muy grande y la influencia de Europa ha sido demasiado fuerte para que las estructuras políticas tradicionales puedan sobrevivir. El resultado es la existencia de

Estados algo inseguros de su propia legitimidad, incapaces de unirse, con graves conflictos interiores. La inestabilidad de esta región se ha agravado por la implantación sobre su territorio del Estado de Israel, realización de un nacionalismo diferenciado coronado de éxito, a la vez consecuencia y símbolo del poder de los occidentales.

La Segunda Guerra Mundial tiene en el Próximo Oriente repercusiones menos directas y menos profundas que la primera. La principal razón, en opinión de J. P. Derriennic, es la diferencia de situación y de política de Turquía, que entre 1939 y 1945 se mantiene neutral y constituye una barrera protectora para el conjunto de la región; por este hecho, la amenaza germano-italiana en dirección a los países árabes se ejerce en África del norte, en torno a Libia. La principal consecuencia de la guerra para los árabes es el debilitamiento decisivo que entraña para las potencias coloniales europeas, sobre todo para Francia y Gran Bretaña.

Así, en los años inmediatos de posguerra, entre 1945 y 1946, todos los países árabes de la región eran ya o son entonces independientes: Arabia Saudita, Yemen, Iraq, Transjordania —luego Jordania—, Siria, Líbano y Egipto, cuya historia se encuentra más estrechamente vinculada a los países árabes de esta región que a los del norte de África.

Liga Árabe y Estado de Israel

Dos acontecimientos son especialmente significativos en este momento en esta región, quedando ambos muy pronto confrontados entre sí: la creación de la Liga Árabe y el establecimiento del Estado de Israel.

La Liga de Estados Árabes se constituye en El Cairo en marzo de 1945, y si por un lado venía a hacer realidad la vieja aspiración de unidad de nacionalismo árabe, por otro, debido a sus propias características y a la influencia británica en su creación, no llega a satisfacer plenamente las aspiraciones de los pueblos árabes.

Su elaboración es lenta desde el momento en que los británicos, dominantes en la región, junto con los hachemitas, inician sus esfuerzos para realizar el plan de unidad árabe. En diciembre de 1942, como señala J. P. Alem, el primer ministro de Iraq, Nouri Pachá Said, presenta su proyecto, que comprendía cinco puntos: formación de una Gran Siria que agrupara a Siria, Líbano, Transjordania y Palestina por medio de una unión o federación; creación de una Liga Árabe por la alianza de la Gran Siria e Iraq; la unión tendría un consejo permanente encargado de coordinar las cuestiones relativas a la defensa, los asuntos exteriores, la economía y las finanzas, y la protección de las minorías; una semiautonomía concedida a los judíos de Palestina, y los maronitas del Líbano tendrían un régimen privilegiado.

Pero el plan, que no estaba mal concebido y que beneficiaba a los hachemitas, no contó con la aprobación de los pueblos del Próximo Oriente árabe, sino que, por el contrario, suscitó fuerzas opuestas a su realización.

El primer ministro egipcio, Mustafá Nahas, toma entonces la iniciativa y despliega una contraofensiva en favor de otro plan: desencadena una intensa actividad diplomática y reúne en septiembre de 1944 una gran conferencia en Alejandría sobre la unidad árabe. Algunos países fueron presionados para asistir y

firmar el protocolo final, y en El Cairo, en marzo de 1945, se firma el pacto de constitución de la Liga de Estados Árabes por Egipto, Arabia Saudita, Yemen, Iraq, Transjordania, Siria y Líbano.

Los objetivos de esta Liga, cuya sede se fija en El Cairo, son los de estrechar las relaciones entre los Estados miembros, coordinar su política y preservar su independencia. La organización posee un secretario general, un comité político y comités encargados de los asuntos económicos y financieros, de las comunicaciones, de los asuntos culturales, de las cuestiones de nacionalidad, de la salud y asuntos sociales.

De esta forma, los árabes del Próximo Oriente han creado un lazo que materializa su solidaridad, pero éste no es la unión federal que debía asegurar la preponderancia hachemita, sino un tratado que, manteniendo la división política del Próximo Oriente, va a permitir a Egipto jugar el papel entre las naciones árabes. En su lucha por la primacía árabe, El Cairo ha obtenido una primera victoria sobre Bagdad: y es inevitable que en el seno de la Liga continúe la rivalidad surgida con su nacimiento.

La Liga Árabe, en efecto —escribe M. Rodinson—, no satisface plenamente las aspiraciones ideológicas de los pueblos árabes. Desarrolla una actividad útil en el campo cultural, económico y administrativo, pero no consigue formular una política común. Aunque las orientaciones políticas son idénticas, la coordinación se lleva a cabo más en el plano de la propaganda que en el de la acción concreta.

En el seno de la Liga se enfrentan corrientes opuestas sobre los problemas más cruciales, llegando hasta la hostilidad declarada. Finalmente, y sobre todo, la influencia británica, que la condiciona desde el momento mismo de su fundación y durante cierto tiempo continúa predominando, hace dudar de su independencia.



Vista general de Jerusalén.



Judíos orando ante el Muro de las Lamentaciones, en Jerusalén, y grupo de samaritanos cumpliendo los ritos sabáticos.

Pero la Liga Árabe será sometida muy pronto a una dura prueba: el nacimiento del Estado de Israel y la guerra árabe-israelí consiguiente. Desde la Primera Guerra Mundial, con la Declaración Balfour de 1917 sobre la creación de un *hogar nacional judío*, y más acusadamente en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, el problema judeo-árabe en Palestina aparece como el conflicto más grave existente en la región, que ha proseguido hasta nuestros días.

El Mandato inglés sobre Palestina, resultado de la Primera Gran Guerra, ha sido la condición necesaria del desarrollo de la patria nacional judía, y la retirada británica tras el Segundo Conflicto Mundial es la condición también necesaria para su transformación en un Estado. La creación de este Estado constituye, junto con la rebelión de los árabes, el más importante acontecimiento que ejerce

una influencia decisiva sobre la evolución del Próximo Oriente en el siglo XX, en opinión de J. P. Derriennic.

Los acontecimientos se precipitan cuando Gran Bretaña decide, al término de la Segunda Guerra Mundial, poner fin a su Mandato en Palestina: en marzo de 1946 firma un tratado reconociendo la independencia del reino de Transjordania, y se elaboran varios planes para la futura Palestina independiente —Plan Morrison, Plan Bevin— que son rechazados por ambas comunidades de judíos y árabes.

El asunto pasa a la ONU, cuya Asamblea General aprueba, en diciembre de 1947 —por 35 votos a favor, 13 en contra y 10 abstenciones—, el plan de partición de Palestina: el plan proyecta la creación de dos Estados independientes, uno árabe y otro judío, y de una zona internacional en Jerusalén bajo el control de la ONU, con una unión económica entre las tres entidades. El plan es aceptado por los judíos, al ver en él la creación de su Estado, y rechazado por los árabes, produciéndose enfrentamientos entre ambas comunidades.

El 14 de mayo de 1948 los ingleses ponen fin a su mandato y abandonan Palestina. Ese mismo día los judíos proclaman el nacimiento del Estado de Israel —de cuya gestación hay abundantes testimonios literarios, de los que son muestra, entre otros, las obras de Leon Uris: *Éxodo*, y de D. Lapierre y L. Collins: *¡Oh, Jerusalén!*—, y los ejércitos árabes de Egipto, Líbano, Siria, Iraq y Transjordania entran en Palestina, dando comienzo la primera guerra árabe-israelí. Se prolonga hasta enero de 1949, y finaliza con la victoria de Israel, firmándose en los meses siguientes los armisticios de paz.

El fin de esta guerra árabe-israelí no significa el fin del enfrentamiento entre ambas comunidades, que continúa hasta nuestros días, transformándose en uno de los principales focos de actualidad no sólo del Próximo Oriente, sino a escala mundial. La guerra, con la victoria israelí, consolida en la región un nuevo Estado, cuya existencia consideran los países árabes derrotados

como una agresión permanente, así como una traición de los occidentales; el plan de la ONU, por otro lado, se hace ya inviable.

La derrota en Palestina sacude al mundo árabe hasta sus raíces. Los pueblos árabes se sienten defraudados y humillados, traicionados no sólo por los países occidentales —exigiendo una toma de posición más dura y resuelta hacia Gran Bretaña y Francia, aliados de Israel—, sino también por la oligarquía árabe dirigente, incapaz de enfrentarse a sus enemigos y hasta sospechosa de egoísmo conservador y connivencia con el imperialismo occidental.

La hostilidad hacia los países europeos y hacia las capas superiores de la sociedad que aparecen ligadas a aquéllos se acrecienta debido a los esfuerzos de Occidente para involucrar a los países árabes en la dinámica de la guerra fría y crear una cadena de alianzas con pactos militares, bajo la creciente influencia norteamericana, al sur de la URSS.

Repercusiones

El sentimiento nacional árabe, cada vez más extendido y más popular, se dirige contra los occidentales y las clases dirigentes tradicionales, mostrándose en favor de la revolución liberadora y de una auténtica independencia. Los ecos de la derrota militar árabe implican la caída de la monarquía egipcia, el asesinato del rey Abdullah de Jordania, los golpes de Estado que convulsionan a Siria, y las revoluciones en otros países árabes.

Si la derrota de Palestina, en efecto, conmueve a todo el mundo árabe, en Egipto provoca las más graves alteraciones al ser el país que, teóricamente más sólido, había sido el principal vencido en la campaña militar. El sentimiento nacionalista de revolución e independencia es asumido por un *Comité de oficiales libres*, que organiza un golpe de Estado militar el 23 de julio de 1952 y se apodera del Gobierno organizando un *Consejo de la Revolución*, en el que destacan figuras como el general Naguib y el coronel Nasser. El rey Faruk abdica, y un año después es proclamada la república, siendo Naguib su presidente y Nasser jefe del Gobierno.

La revolución egipcia marca e] punto de partida de una serie de acontecimientos que entrañan profundas transformaciones en la situación de la región y que alcanzan proyección internacional: un recrudecimiento del conflicto árabe-israelí, la expansión del sentimiento nacionalista revolucionario y popular entre los pueblos árabes, la liquidación de la influencia franco-británica sobre le países árabes, la sustitución de Gran Bretaña por Estados Unidos como potencia occidental dominante en la región y la aproximación entre algunos de estos países árabes y la URSS.

La naturaleza del nuevo régimen egipcio —escribe J. P. Demennic— y, sobre todo, las circunstancias internacionales de bu instalación van a hacer de Egipto, y de su dirigente Nasser, el centro de toda la política árabe. La revolución egipcia sigue así un proceso

que alcanza su apogeo con la plena realización de la política nasserista entre 1956 y 1970 (año de la muerte de Nasser).

En este proceso hay otra fecha que tiene especia significado no sólo para la región, sino también en la historia internacional: la de 1956. En este año alcanzan su independencia, por un lado, los primeros países árabes de África del norte —Libia ya lo era formalmente desde 1952 Sudán, Túnez y Marruecos: pero sobre todo es el año crucial de recrudecimiento final, de la guerra fría, por la crisis doble de Budapest y de Suez, de cuya trascendencia e intensidad han quedado abundantes testimonios literarios.

Sobre esta fecha escribe D. Lessing en *La ciudad de Las cuatro puertas: 1956, como todos sabemos, fue un año clave que marcó una época, un año decisivo, de encrucijada; se ha convertido en uno de esos años que nos hacen exclamar: ¡Ah, sí, aquel año, claro!…: 1956 fue un año de cinco estrellas; los que vivieron ese año dicen, para entenderse con pocas palabras: 1956, refiriéndose a la noción de cambio, de interrupción de un proceso, de aclaración sobre ciertas cosas, de movimiento*. Y S. de Beauvoir en *La fuerza de las casas* dice: *Budapest, El Cairo, estaban lejos: hablábamos de ello…; aquel año se repitió internacionalmente, por escrito u oralmente, el mismo diálogo: ¿Y Suez? ¿Y Budapest?*



Nasser recibe a Che Guevara en El Cairo a principios de la década del sesenta.

Concretándose a la crisis de Suez, que representó el momento central y culminante de la segunda guerra árabe-israelí entre octubre y noviembre de 1956, con intervención militar franco-británica y político-diplomática de Estados Unidos y la URSS, se pregunta M. Ferro si esta guerra, la más corta del siglo XX, no será la que habrá tenido las consecuencias más profundas sobre nuestro futuro; constituye de hecho la crisis de Suez uno de los acontecimientos mayores de nuestro siglo, no tanto por sus efectos económicos, sino principalmente desde el punto de vista de la relación de fuerzas en el mundo, de las fuerzas políticas y culturales sobre todo. En este sentido, significa el momento clave de la decadencia de Europa y la aparición con peso propio en la escena internacional de un Tercer Mundo surgido de la descolonización incontenible, junto a la aptitud de Estados Unidos para implantar su hegemonía, por un lado, y la capacidad de la URSS para extender su influencia entre los países afroasiáticos, por otro.

En sentido análogo recoge J. P. Derriennic el balance múltiple de la crisis de Suez: para Gran Bretaña y Francia es un fracaso total; para Egipto, una victoria al quedarse con el Canal y alcanzar Nasser un gran prestigio; para Israel, supone lograr sus objetivos en la zona; para Estados Unidos, constituye el planteamiento de una reordenación política que se expresará en la Doctrina Eisenhower en 1957 de intervención y ayuda: y para la URSS representa aparecer como defensora de las naciones agredidas como Egipto, a la que prestará su apoyo.

Las repercusiones de todo este complejo conjunto de factores se hacen notar durante los años sucesivos en una serie de acontecimientos que se prolongan de manera incontenible y principalmente alcanzan una doble proyección: por un lado, la propagación del nacionalismo en forma de movimientos revolucionarios antioccidentales y la consecución de las independencias por todos los países árabes, y, por otro, la intensificación del conflicto árabe-israelí, que lleva al estallido de nuevas guerras.

En el primer aspecto, los sentimientos nacionalistas antioccidentales y populares de los pueblos árabes dan origen, en efecto, a una serie continuada de movimientos revolucionarios y proclamaciones de independencia entre los países árabes del Próximo Oriente, al mismo tiempo que en un proceso paralelo se dan revoluciones e independencias entre los países árabes de África del norte —que más adelante se recogerán—: así, las alteraciones en Siria, donde a través de continuados golpes de Estado militares, iniciados en 1949, se forma una opinión pública neutralista, con el triunfo en las elecciones de 1957 del Partido Socialistas *Baas*, la unión con Egipto entre 1958 y 1961, y la formación de la RAU y la nueva victoria socialista en 1963 con la proclamación en 1964 de la República Popular Siria.

En Iraq estalla la revolución en 1958 con un golpe militar de los *oficiales libres*, que proclaman la República poniendo fin a la monarquía hachemita y liquidando el Pacto de Bagdad organizado

por Estados Unidos en 1955. En 1961 Kuwait obtiene la independencia de Gran Bretaña, con la que firma un acuerdo. Otra revolución en Yemen en 1962 por un golpe militar proclama igualmente la República, derrocando la monarquía e iniciándose una larga guerra civil. En 1967 Aden obtiene la independencia de Gran Bretaña, transformándose en la República Democrática y Popular de Yemen del Sur.

A lo largo de 1971 acceden a la independencia los últimos Estados árabes del Golfo Pérsico —donde Omán y Kuwait ya están constituidos como Estados soberanos y prooccidentales—: son los casos de Bahrein, Qatar y los Emiratos Árabes Unidos, federación de los emiratos de la costa.

En el segundo aspecto antes citado, con el apogeo del nasserismo, la difícil situación entre los Estados árabes e Israel, estabilizada desde 1957, se degrada de nuevo a partir de 1962, desembocando en la tercera guerra árabe-israelí, la llamada de los Seis Días, en junio de 1967, en la que los israelíes ocupan los territorios árabes del Sinaí, Golán y Cisjordania.

Las consecuencias de esta nueva crisis son: se acelera el declive del nasserismo en un Egipto en dificultades; se modifican los datos del conflicto árabe-israelí, que vuelve al primer plano internacional la situación del Próximo Oriente; se transforma el *statu quo* territorial al ocupar Israel directamente territorios egipcios, sirios y jordanos, y las organizaciones palestinas de lucha contra Israel van adquiriendo autonomía respecto a los gobiernos árabes, como ocurre con la principal de ellas, la OLP. La Organización para la Liberación de Palestina, fundada en 1964, y presidida por Ahmed el Chukeiri, fue manejada por El Cairo hasta 1969. En ese año, con la elección de Yasser Arafat como presidente, la OLP cobra auténtica personalidad palestina y gran libertad de maniobra para luchar contra Israel.



Hussein de Jordania (izquierda)*. Habib Burguiba* (derecha)*.*



Jefes de Estado y de Gobierno asistentes a la conferencia islámica de Lahore, Pakistán, 1957.

Tras la tercera guerra, los israelíes permanecen en las posiciones ocupadas, sosteniendo una dura guerra de desgaste en el frente del Canal y un continuo hostigamiento interior y exterior por parte de los guerrilleros palestinos.

En 1970 cambiará bastante el panorama. La escalada del terrorismo palestino amenaza a los propios regímenes árabes, sobre todo al jordano y al libanés. En ambos países se da una guerra feroz entre las organizaciones palestinas y los ejércitos nacionales apoyados por milicias antipalestinas. En Jordania se produce la tremenda represión de septiembre, que los palestinos llamaron *septiembre negro*. Aquellas luchas y su desgaste frenaron el gran impulso del terrorismo nacionalista palestino, que en su lucha contra Israel se convirtió en factor importante de desestabilización en el mundo árabe.

Tanto es así, que la solución de aquella crisis, unido a su estado de precaria salud, costó la vida al presidente Nasser (septiembre de 1970). Le sucede Annuar el Sadat, que termina por ratificar el *plan Rogers* (alto el fuego en la zona del Canal) y por aceptar una mayor presencia soviética en la zona, a la par que crecía el poder político de los comunistas. Después de dos años de lucha por el poder, Sadat logró su objetivo, marginando a la facción izquierdista.

La situación de conflicto tenso llevará, en octubre de 1973, a la cuarta guerra árabe israelí, la denominada *Yom Kippur*, que se desarrollará en el Sinaí —a orillas del Canal— y en el Golán. Esta guerra confirma a esta región como la principal zona conflictiva de la tierra, haciendo depender de su suerte política el destino económico de los países industrializados importadores de petróleo.

Además, esta crisis representa el retroceso de la URSS en Egipto y el incremento del poder norteamericano, bajo cuyo patrocinio (mediación Kissinger) se llega a negociaciones que permiten la separación de fuerzas y, en 1975, la reapertura del Canal de Suez —cerrado desde 1967—. Asimismo, se reorienta hacia Occidente la política de Sadat, que en 1977 realiza un espectacular viaje a Tel-Aviv.

Bajo el patrocinio de Washington se inician negociaciones entre Israel y Egipto y, en marzo de 1979, se firman los acuerdos de Camp David por los que ambos países llegaban a un tratado de paz, con la consiguiente retirada judía del Sinaí.

De esta forma el conflicto árabe-israelí entra en una nueva fase de estabilización, quedando los palestinos como la única fuerza en lucha contra Israel.

Para algunos autores, la invasión por Israel del Líbano, convulsionado por una inacabable guerra civil, y la batalla de Beirut consiguiente en el verano de 1982, con el fin de acabar con la acción palestina, constituye la quinta guerra árabe-israelí, que ha dado como resultado la ocupación del sur libanés por Israel, la salida de los palestinos del país y la firma de un tratado entre Israel y Líbano en 1983, anulado por éste en 1984.

Toda esta situación ha evolucionado en el marco internacional en que se mantiene el Próximo Oriente desde la Primera Guerra Mundial, y que constituye igualmente un factor de primer orden para la región: el de la presencia, influencia e intervención de las potencias occidentales.

Esta acción internacional tiene dos claras fases: hasta 1954 se extiende la preponderancia británica, y desde 1955 se impone la influencia de Estados Unidos como potencia dominante en sustitución de los británicos, involucrando a los países árabes en la dinámica de la guerra fría,

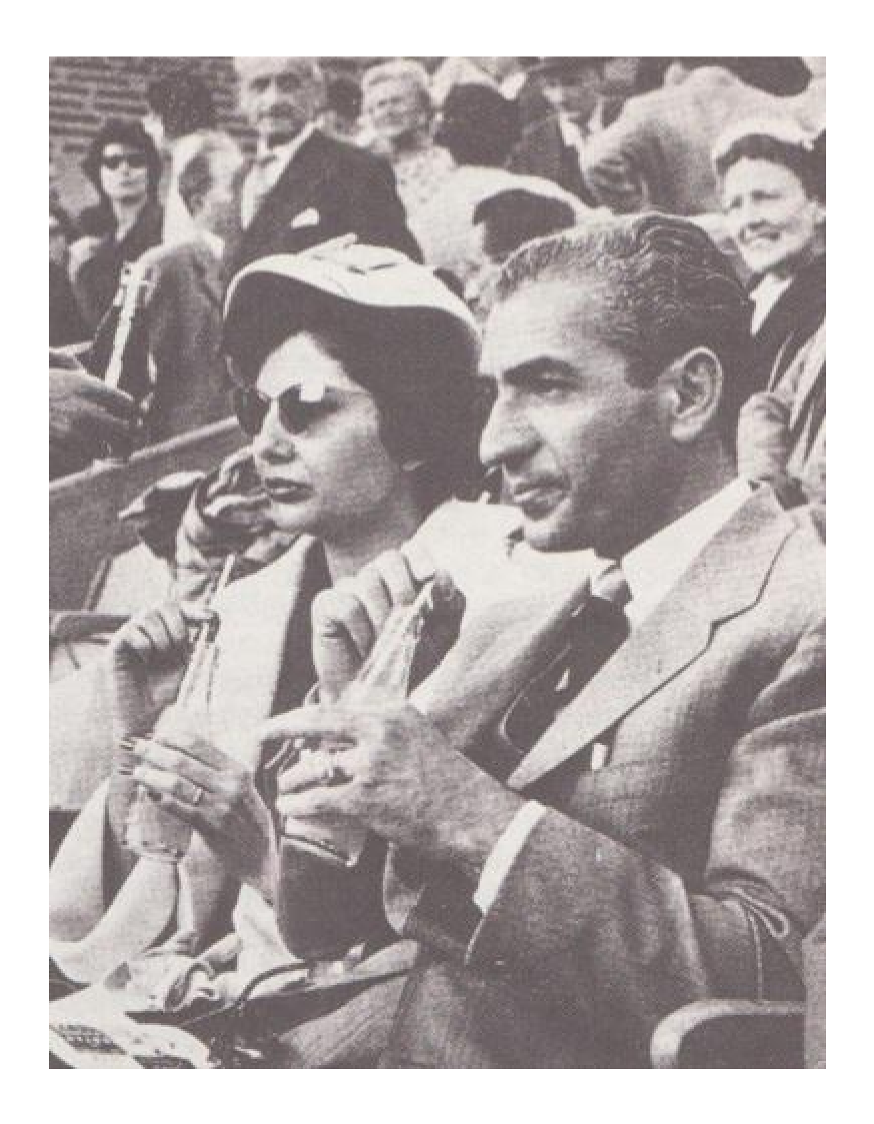
Escribe M. Colombe, en este sentido, que el Oriente árabe se transforma en uno de los teatros del enfrentamiento entre las dos grandes potencias: la cuestión del Próximo Oriente adquiere de esta manera una nueva dimensión, estrechamente ligada a la del futuro de un mundo dividido en dos bloques.

Exponentes de la política intervencionista norteamericana en esta fase son el Pacto de Bagdad, establecido en febrero de 1955 e integrado, además de Estados Unidos y Gran Bretaña, por Iraq, Turquía, Irán y Pakistán, que tras la revolución iraquí de 1958 se transforma en la Organización del Tratado Central —CENTO—, con sede en Turquía, y en enero de 1957 la formulación de la *Doctrina Eisenhower*, que prevé la intervención eventual de las tropas norteamericanas a petición de un país *amenazado por el comunismo internacional*.

Además, se encuentran los acuerdos bilaterales establecidos entre Estados Unidos y algunos países de la región en cada momento oportuno: Israel, Turquía, Irán, Arabia Saudita, Jordania, Egipto, La presión norteamericana hace que se desarrolle en varios de estos países una corriente de neutralismo positivo, que se había manifestado a escala internacional en la Conferencia afroasiática de Bandung en 1955, que tendía a la resistencia contra la influencia occidental; este neutralismo activo tiene como representante y protagonista a Nasser, continuándose en la política de no alineación, que se materializa en la Primera Conferencia de Países No

Alineados en Belgrado en 1961, junto a Nehru, Tito y Sukarno, y que ha sido seguida por la mayoría de los países de la zona frente a la presión de las grandes potencias.

Por último, otro factor clave para la región, con proyección mundial, es la cuestión del petróleo y la creciente importancia de los países productores de esta fuente de energía, como ha señalado J. P. Derriennic. Tras dos conferencias preparatorias, en Bagdad en 1960 y en Caracas en 1961, a iniciativa de Iraq y Venezuela, se funda en estos momentos la OPEP, integrada por Arabia Saudita, Irán, Iraq, Kuwait y Venezuela, a los que se unen en años sucesivos Qatar, Libia, Indonesia, Abu Dhabi, Argelia, Nigeria, Ecuador y Gabón, con la organización de un secretariado permanente en Viena.



El sha *de Persia y la emperatriz Soraya durante una visita a España.*

La creación de la OPEP modifica las bases del mercado mundial del petróleo. Los Estados productores extienden su control sobre las actividades de producción, sea por la nacionalización como en Argelia o Iraq, sea por la participación en las compañías, como en Arabia Saudita o Kuwait.

El aumento de la demanda mundial de petróleo, consecuencia de las ventajas prácticas que presenta este producto en relación con las otras fuentes de energía, va a permitir a la OPEP jugar en los años setenta un papel de primer orden, a escala internacional, sobre todo cuando a partir de 1973 acuerda el alza de los precios del

petróleo, que tiene repercusiones en la crisis económica mundial de los setenta.

A finales de esta década los países árabes del Próximo Oriente productores de petróleo, en especial Arabia Saudita, unido al cambio de política experimentado en Irán por la revolución islámica, alcanzan un papel mayor en el sistema económico mundial, y, en concreto, el reino árabe se convierte en un Estado líder entre el resto de los países árabes, y en un firme aliado de Occidente en la región.

Turquía, Irán, Afganistán

El Islam asiático comprende también, como ya se ha señalado, a tres países musulmanes no árabes que se extienden sobre una amplia zona de Oriente Medio y que son de oeste a este: Turquía, Irán y Afganistán.

La historia de estos tres países durante el siglo XX tiene un conjunto de rasgos comunes a partir de los cuales actúan sus respectivos elementos diferenciadores. Además de su base religiosa-cultural común fundamentada en el Islam, de su proximidad y continuidad geográfica y de su, en ocasiones, paralelismo histórico, los tres países inician el siglo XX como Estados que han mantenido su independencia frente a las presiones del colonialismo occidental: y los tres guardan conciencia histórica de un pasado brillante y hasta glorioso, que anima la pervivencia y solidez de sus respectivas personalidades nacionales, viviendo de la herencia de regímenes anteriores, en cada caso, del anquilosado Imperio otomano, del viejo Imperio persa y de la monarquía aristocrática y feudal afgana.

Los tres Estados se encuentran, en los años de la Primera Guerra Mundial, en una situación de debilitamiento y decadencia, con problemas internos; y los tres inician sendos procesos revolucionarios durante el período de entreguerras, en un intento de renovación y modernización nacionales que los libere de todo tipo de dependencia, en especial de la presión occidental, y los afirme y consolide como Estados independientes y soberanos en el mundo moderno.

Pero tales procesos renovadores a lo largo de la posguerra tras la Segunda Guerra Mundial, y los resultados a que llegan en la época actual, los van a diferenciar entre sí: Turquía se transforma en una República que intenta seguir el modelo occidental, alternando con repetidos golpes de Estado militares que imponen gobiernos dictatoriales: Irán se organiza como una monarquía autoritaria

asentada en el crecimiento económico facilitado por el petróleo, para protagonizar recientemente una singular revolución islámica y proclamarse en República: y Afganistán intenta una monarquía y una República reformistas, para transformarse últimamente en un Estado socialista.

En nuestros días se encuentran, por tanto, en estos tres países islámicos, de bases geohistóricas análogas en algunos aspectos, tres modelos distintos, y en este sentido revolucionarios, de modernización y renovación nacionales: occidentalización en Turquía, socialismo en Afganistán e islamismo en Irán.

La historia de *Turquía* a lo largo del siglo XX en su evolución de Imperio tradicional a República occidentalizada dentro del Islam recorre varias fases que en síntesis son: la primera, de 1914 a 1923, está constituida por los años del final del Imperio otomano con la derrota de Turquía en la Gran Guerra, y conoce el estallido de la revolución nacionalista con el conflicto civil entre los dos gobiernos turcos, el del sultán en Estambul y el de Kemal Ataturk en Ankara, hasta que con la victoria de la revolución es abolido el Sultanato, siendo proclamada la República.

La segunda fase, entre 1923 y 1960, es la de la primera República turca, con la organización del régimen kemalista durante la presidencia de Kemal Ataturk —entre 1923 y 1938— y la promulgación de la Constitución de 1924, iniciándose la modernización y occidentalización del país: tras la difícil neutralidad en la Segunda Guerra Mundial, desde 1947 y en el contexto de la guerra fría y de la *Doctrina Truman* de ayuda norteamericana, Turquía se aproxima a una alianza con Estados Unidos establecida en 1952, al mismo tiempo que intenta un sistema de gobierno de multipartidismo democrático entre 1950 y 1960.

La tercera fase se inicia en 1960, con un golpe de Estado militar que inaugura la segunda República turca y una nueva Constitución en 1961, y que se prolonga hasta nuestros días, alternándose períodos de dictadura militar y de gobiernos civiles, aunque bajo control militar, y manteniendo siempre los ideales de modernización

y occidentalización; en 1980 se produce el último golpe militar que promulga nueva Constitución en 1982.

Afganistán evoluciona durante el siglo XX desde una monarquía tradicional y feudal a una República de carácter socialista y popular: al término de la Primera Guerra Mundial la independencia del país queda consolidada con la firma del tratado de Kabul en 1921 con Gran Bretaña: desde 1929 y hasta 1973 se institucionaliza una monarquía que se orienta en favor de la lenta modernización y unas limitadas reformas del país, así como de la neutralidad exterior; desde 1973 se inicia un agitado proceso revolucionario que transforma al país, con un golpe de Estado que, tras acabar con la monarquía, establece una República conservadora. Esta, entre 1978 y 1979, evoluciona, por nuevos golpes en cadena, hacia la configuración de una República próxima al mundo comunista, que se mantiene hasta nuestros días con la ayuda soviética.

Irán experimenta igualmente, entre 1914 y 1979, un acelerado proceso de modernización y autoritarismo, para protagonizar en esta última fecha la más singular y auténtica revolución del mundo islámico.

En este proceso se pueden señalar varias fases: la primera, entre 1914 y 1925, es el final de la vieja Persia de los Qadjars, en la que durante la Primera Guerra Mundial, y aunque el país se mantiene neutral, se encuentra sometido a las presiones de rusos e ingleses, firmando en 1919 un tratado con Gran Bretaña, que extiende su influencia: y tras una serie de conflictos civiles y un golpe de Estado, desde 1919, Reza Pahlevi impone su dominio en la situación política hasta que en 1925 es depuesta la anquilosada dinastía de los Qadjars y Reza Pahlevi es nombrado nuevo *sha*.

La segunda, entre 1925 y 1978, es la del Irán de los Pahlevi, que tiene dos momentos: de 1925 a 1941, con el régimen del *sha* Reza se inicia la modernización del país, que es ocupado durante la Segunda Guerra Mundial por soviéticos y británicos: y desde 1941 con Mohamed Reza, hijo del anterior, como nuevo *sha* que, tras la evacuación de posguerra, firma un acuerdo con Estados Unidos en

1947, sucediéndose una historia agitada con acontecimientos como la crisis del petróleo en 1951-53 con el gobierno de Mossadegh, la imposición de un absolutismo monárquico con breves intervalos de moderado liberalismo, la estrecha alianza con Estados Unidos, la modernización y el desarrollo económico: pero las contradicciones entre la política autoritaria y los tímidos intentos reformistas, las imposiciones occidentalizantes y la oposición religiosa llevan al estallido de la revolución islámica a lo largo de 1978, ante unos gobiernos ineficaces y desbordados por la presión religioso-popular.

A comienzos de 1979 triunfa la revolución islámica, sucediéndose la caída del *sha* y de su monarquía imperial, la proclamación del imán Jomeini como máximo dirigente religioso-político del país, la formación de un gobierno revolucionario y el establecimiento de la República Islámica, que inicia una experiencia única de organización política republicana sobre la ortodoxia y la renovación del Islam, que llega hasta nuestros días y que ha conmocionado a todo el mundo islámico.

África del norte

En la vasta región del norte de África, del Nilo al Magreb, entre el Atlántico, el Mediterráneo, el mar Rojo y de civilización islámico-árabe, hay que distinguir, al plantear su proceso de descolonización e independencia, entre las dos áreas de distinta influencia colonial: por un lado, en África nororiental, los países dependientes de Inglaterra, con una independencia teórica como Egipto, o bajo un régimen especial como Sudán y Libia: y por otro, en África noroccidental, los países del Magreb dependientes de Francia, bien como protectorados: Marruecos y Túnez, o bien como departamentos: Argelia.

Excluyendo a Egipto —que ya ha sido tratado en el área del Próximo Oriente, con la que tiene, como ya se ha visto, una mayor vinculación histórica—, los dos países árabe-islámicos de África nororiental que pronto acceden a la independencia son Libia y Sudán.

En el proceso de descolonización de *Libia* hay que señalar varias fases: hasta la Segunda Guerra Mundial fue una colonia de Italia, a la que dejó de pertenecer en 1943, para ser ocupada y repartida entre ingleses, norteamericanos y franceses; desde 1943 a 1951 se mantuvo la ocupación aliada, que finalizó tras el acuerdo de la ONU en 1949 para la concesión de la independencia, que fue proclamada en diciembre de 1951: entre 1951 y 1969 Libia organizó su vida independiente con la monarquía representada por el rey Idris I y bajo la protección e influencia de las potencias occidentales, que desde 1953 explotan su riqueza petrolífera, especialmente por parte de Estados Unidos: y en diciembre de 1969 se produce la revolución de los militares jóvenes, que acaba con la monarquía y con la influencia occidental y establecen la República de carácter socialista, nacionalista y popular, junto con la renovación del islamismo, que llega hasta nuestros días: El-Gadhafi se transforma

en su máximo dirigente y reforma profundamente el país, elaborando una doctrina propia contenida en el *Libro Verde*.

La descolonización del *Sudán* se encuentra relacionada con la evolución de la situación en Egipto y con la actitud de Gran Bretaña: entre 1952 y 1955 el país vive la fase final del colonialismo, con diferencias entre egipcios y británicos y sus respectivos partidarios sobre la coyuntura sudanesa, hasta que en diciembre de 1955 el Parlamento sudanés acuerda la declaración de independencia del país como República, que es proclamada en enero de 1956.

Desde esta fecha, el Sudán independiente conoce varias alternativas: entre 1956 y 1958 se organiza el nuevo Estado bajo un régimen civil; de 1958 a 1969 se suceden varios golpes de Estado y gobiernos militares; y desde 1969, otro golpe impone el régimen autoritario presidido por El-Numeiry, que llega hasta nuestros días, y que en 1983 inicia una política de islamización.



Entrada principal al Palacio Real de Rabat.

El África noroccidental o países árabe-islámicos del Magreb —con tradición bereber— se encontraba antes de la descolonización bajo la dependencia colonial francesa y comprendía dos sistemas distintos de régimen administrativo: protectorados en Marruecos y Túnez, y departamentos en Argelia. En este marco colonial, la lucha de las poblaciones nacionales respectivas en favor de la independencia fue común y paralela, encontrando una mayor resistencia entre la población francesa de Argelia, país que conoce al mismo tiempo que esa lucha por la independencia, un más radical proceso revolucionario interno, y que se enfrenta a una auténtica guerra civil-colonial entre ambas colectividades.

En *Marruecos* se produce, en principio, una mayor actividad nacionalista en favor de la independencia.

He aquí, en síntesis, las grandes fases de su evolución: la primera, de 1945 a 1955, son los años finales del Protectorado —cuyo ambiente ha reflejado literariamente Paul Bowles en su novela *La casa de la araña*—, con el desarrollo del movimiento nacionalista marroquí y su lucha contra las fuerzas coloniales hasta desembocar en las conversaciones de Aix-les-Bains en 1955 y la declaración de independencia en marzo de 1956: la segunda, de 1956 a 1961, es ya el Marruecos independiente con el reinado de Mohamed V, y la organización, institucionalización y unidad del país; y desde 1961 hasta nuestros días, Hassan II como soberano del nuevo Estado.

En el caso de *Túnez*, se distinguen igualmente tres fases, en parte paralelas a las marroquíes: la primera, de 1945 a 1955, es la de final del Protectorado con la declaración de independencia en marzo de 1956; la segunda, de 1955 a 1957, constituye la de Túnez independiente con el régimen de monarquía; y en julio de 1957 se proclama la República, con H. Burguiba como presidente, una nueva fase que se extiende hasta nuestros días.

Argelia, por último, debido a su régimen administrativo de departamentos franceses y a la presencia y acción de la población de colonos de origen francés —soporte y fundamento de tal régimen, nacido de su condición de antigua *colonia de poblamiento*

—, vive el más largo y duro proceso de descolonización, que, por parte de la población islámica argelina, presenta doble carácter: por un lado, de lucha por la independencia del país, y, por otro, de empeño revolucionario para establecer sobre bases socialistas e islámicas la estructura sociopolítica del nuevo Estado independiente.

Este proceso se desarrolla a través de un radical enfrentamiento entre las fuerzas nacionalistas argelinas, por una parte, y las fuerzas de la metrópoli y de los colonos franceses, por otra —que, a su vez, a partir de un determinado momento, se escinden y enfrentan entre sí—, que desemboca en una situación de guerra abierta, y que evoluciona durante la parte central de nuestro siglo XX a lo largo de varias fases.

La primera, entre 1930 y 1954, es la del final de la Argelia francesa; las bases de esta Argelia francesa se encontraban tanto en la administración y el sistema impuesto por la Francia metropolitana como en los colonos franceses establecidos en territorio argelino durante el largo siglo de acción colonial, mientras que los fundamentos de la Argelia musulmana se basaban en la superioridad numérica y el crecimiento demográfico de la población islámica, en su evolución social y económica, en la propia historia del país que cimentaba su reconstrucción y continuidad históricas sobre su pasado islámico-árabe, y en la tradición nacionalista frente al colonialismo francés.

En torno a los años treinta resurge y se organiza un intenso movimiento nacionalista que se manifiesta a través de diversas asociaciones y grupos de acción, y que se reagrupa en los años 193637 con ocasión de la celebración del Congreso Musulmán Argelino: los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial afectan directamente a Argelia, y en marzo de 1943 se registra la más importante expresión del nacionalismo argelino al formularse el *Manifiesto del Pueblo Argelino*, firmado, entre otros muchos, por Ferhat Abbas.

En la posguerra, el nacionalismo progresa, se reagrupa en torno al Manifiesto y tiende a su unidad: debe enfrentarse a la más fuerte

resistencia de Francia a hacer concesiones, así como a los colonos y a la administración metropolitana que como departamento regía el territorio, y sólo accede a conceder en 1947 el Estatuto de Argelia, favorable a los intereses franceses.

Desde 1948 se produce un creciente enfrentamiento entre el nacionalismo argelino y la política integradora francesa, que desemboca en la creación en 1954 en Argel del FLN, que inicia la guerra contra Francia.

La segunda fase, entre 1954 y 1962, es la de la guerra de Argelia contra Francia, que dirigida por el FLN, que lanza una declaración-programa con petición de la independencia, tiene el carácter de lucha revolucionaria, y provoca una auténtica guerra civil entre argelinos y franceses en todos los órdenes. El conflicto alcanza su máxima violencia entre 1956 y 1958, y se radicaliza la reacción francesa.

La crisis de 1958 afecta a la propia metrópoli, donde De Gaulle constituye la V República y ofrece en 1959 la autodeterminación a Argelia, lo que genera la separación entre el Gobierno de la Francia metropolitana y los franceses de Argelia, que, defensores de una Argelia francesa, continúan la lucha por su cuenta, con la formación de la OAS: no obstante, en 1961 se inician las conversaciones de Evian entre el Gobierno francés y el GPRA —Gobierno provisional argelino constituido en 1958—, que llevan al acuerdo de proclamación de la independencia de Argelia en julio de 1962.

La tercera fase, desde 1962 hasta nuestros días, es ya la de Argelia independiente, constituida como República democrática y popular, en una síntesis entre arabismo y revolución socialista. Tras la breve presidencia de Ben Bella, en 1965 un golpe de Estado impone a Bumedian como presidente hasta su muerte, en 1978; le sucede Chadly Benjadid, que continúa la política del régimen nacionalista en favor de las reformas y la revolución islámico-socialista.

Bibliografía

Bairoch, E., *El Tercer Mundo en la encrucijada*, Madrid, Alianza. 1973. Blanco, L., *Asia contemporánea*, Madrid, Siglo XXI, 1976. Fontaine, A., *Historia de la guerra fría*, Barcelona, Caralt, 1970. Gunder Frank, A., *La crisis mundial del Tercer Mundo*, Barcelona, Bruguera, 1980. León, P., *Historia económica y social del mundo. El nuevo siglo xx*, Madrid, Zero-Zyx, 1979. Martín, M., *El colonialismo español en Marruecos*, París, Ruedo Ibérico, 1973. Martínez Carreras, J. U., *La era de las revoluciones*, Madrid, Istmo, 1983. Mesa, R., *Las revoluciones del Tercer Mundo*, Madrid, Edicusa, 1971. Id., *La rebelión colonial*, Madrid, Edicusa, 1974. Id., *Aproximación al Cercano Oriente*, Madrid, Akal, 1982. Miaja de la Muela, A., *La emancipación de los pueblos coloniales y el Derecho Internacional*, Madrid, Tecnos, 1968. Nairn, T., *Los nuevos nacionalismos*, Barcelona, Península, 1979, Oliver, R., y Fage, J. D., *Breve historia de África*, Madrid, Alianza, 1972. Rodinson, M., *Los árabes*, Madrid, Siglo XXI, 1981. Ruiz García, E., *Subdesarrollo y liberación*, Madrid, Alianza, 1972. Sourdel, D., *El Islam*, Barcelona, Oikos-Tau, 1973. Zeraoui, Z., *El mundo árabe: imperialismo y nacionalismo*, México, Nueva Imagen, 1981.

Notas

[*] Pakistán, unos noventa millones de habitantes en 1984, es el primer país mundial en cuanto a población musulmana, con unos setenta y cinco millones de fieles. **<<**